

Sobre la traducción de arte... o sobre el arte de la traducción

Según la autora de esta nota, la traducción es un proceso de eterno aprendizaje que debe ser amado. Nunca se deja de aprender y eso es lo que se debería aprender en los estudios de grado. «Afortunadamente, para aprender no hay edad y siempre estamos a tiempo», concluye.

| Por la Trad. Públ. **Melisa Palferro**



Alguna vez recuerdo que me dijeron que la traducción no es un arte, es una profesión o, peor aún, un oficio. Y uno, traductor, que se enorgullece de practicar una de las profesiones más antiguas que existen, se ofende ante semejante comparación. «La traducción es mucho más que un mero oficio», se oye salir de alguna boca anónima al tiempo que se observa una elevación conjunta de mentones en una de esas extrañas ocasiones en las que se congregan los traductores.

Aun así, siempre me gustó decir que la traducción es un arte. Me gusta la palabra *arte*, y también el arte. De eso vivo, de la traducción de arte, especialización quizás de las más minoritarias dentro de este mundillo. La traducción de arte, a caballo entre la humanística y la técnica —¿o no son todos los campos sobre los que se traduce, al fin y al cabo, técnicos?—, brinda al traductor la oportunidad de aprender algo nuevo con cada oración, de adentrarse en diferentes mundos y expresiones artísticas, de sumergirse en culturas lejanas, comprenderlas mejor y apreciar su valor.

Pero no me refería a ese sentido de la palabra *arte*, sino a uno más primigenio. Alguna vez en una clase de Filosofía, o más bien de Estética, a la que asistía por algún motivo insólito, me contaron la historia de una palabra. No hay nada más emocionante —¿no creen?— que descubrir la historia de una palabra. Como si, después de ver una obra de teatro, a uno le permitieran mirar detrás del telón y, a la vez que sintiera la pérdida de la magia del escenario, lo inundara una nueva sensación, algo melancólica, al ver aquello que está detrás, lo que hizo posible que disfrutara de esa obra, que esa palabra llegara a uno después de siglos de acumular anécdotas.

Entonces, decía que me contaron la historia de una palabra, de la palabra *arte* o, más bien, de su ancestro, *τέχνη*, que pasó al latín como *ars*, *artis*. Para la mente griega, *τέχνη* era tanto el arte como la técnica, el resultado como todo el conocimiento teórico asociado a la praxis, un discóbolo

o la navegación en sí eran *τέχνη*, eran arte: la escultura, la música, la estrategia de guerra y, por qué no, la traducción, todas eran *τέχνη* porque todas implicaban un cuerpo de conocimientos teóricos y su aplicación práctica. *Τέχνη* significaba ciencia, arte, técnica; no tenemos en español una traducción exacta que abarque todos esos significados, aunque a veces esos matices olvidados se recuperan por un instante en alguna expresión como «el arte de la guerra». Es triste darse cuenta de lo mucho que se queda por el camino etimológico, de la pérdida que sufrimos al evocar solo parte de ese significado originario cuando hablamos normalmente de «arte». Sin embargo, cual quijotes lingüísticos, luchamos por recuperar aquel sentido extraviado cuando decimos «el arte de la traducción», aunque tal vez sea como luchar contra molinos de viento.

No obstante, más allá de la historieta que podrán esgrimir la próxima vez que les digan que «la traducción no es un arte», también sería bueno que nos deshiciésemos de esa suerte de indignación que nos inunda cuando nos dicen que la traducción es un oficio, porque la comparación no es del todo errada. La traducción es un proceso de eterno aprendizaje, es el arte de no dejar de aprender nunca. El traductor, como el carpintero, pasa horas, años, vidas aprendiendo y mejorando su producto, viruta a viruta. Nuestro estatus de eternos aprendices es innegable; obtener el título de traductor no es más que el primer paso.

Sin embargo, la creencia popular —y, a veces, por triste que parezca, la profesional— es que hay una serie finita de conocimientos que, una vez adquiridos, lo *hacen* a uno traductor. La(s) lengua(s) extranjera(s) que maneja, la lengua materna, los conocimientos de lingüística —significante y significado, y el arbolito— e, idealmente, del área a la que se dedique, sea literaria, jurídica o técnica. Pareciera que uno arranca la carrera, le dan una bolsita vacía y la va llenando de contenidos, pasando profesor por profesor, materia por

materia, y, al final, cuando se llenó la bolsita, uno «se hizo traductor». Y, que conste, a uno le dieron un título en una ceremonia más o menos pomposa, según la institución, que acredita su estatus de traductor, para que los demás nos crean cuando juramos y perjuramos que no somos profesores de Inglés (o de otros idiomas, que también hay matriculados de otros idiomas).

Y yo diría que no por nada hay tanta gente que, recibido el dichoso título, abandona nuestro amado «arte de la traducción», si no lo hizo antes; no por nada son tan pocos los que se dedican a él y muchos menos los que son verdaderamente felices haciéndolo. Porque son pocos los que aprendieron la única lección importante que deberíamos aprender en los distintos traductorados: que la traducción es un proceso de eterno aprendizaje. Porque, convengamos, cuando la traducción lo abarca todo, porque de todo se traduce, ¿cómo podemos creer que es posible enseñar a traducir? Enseñar se enseña, me dirán y lo sé, y aprender se aprende, y es cierto. Pero no deberíamos aprender a llenar una bolsita. Creo que quienes enseñan traducción lo hacen con el deseo oculto de que sus alumnos alcancen ese momento de lucidez, ese *aha moment*, que les permita comprender que lo que están aprendiendo es justamente a aprender y comiencen, recién ahí, a aprender a traducir.

Como decía antes, la traducción es un proceso de eterno aprendizaje, y lo primero que se aprende es a ver el mundo con otros ojos. Lo primero que se aprende *se adquiere* y,

una vez que se adquiere, ya no se pierde nunca. Una vez traductor, siempre traductor. Traducir, entonces, es mirar el mundo a través de otro cristal, es oír una palabra y captar mucho más, es sentir un éxtasis inexplicable al descubrir un nuevo significado o una nueva expresión, es reconocer cuánto de cultura hay en la lengua y cuánto de nosotros se pierde en ella.

La traducción es un proceso de eterno aprendizaje, y hay que amar el proceso. El traductor *no puede* dejar de aprender nunca: sobre qué, cómo, cuánto queda en cada uno. Pero hay que amar el proceso. Y es eso lo que deberíamos aprender en nuestros estudios de grado. Afortunadamente, para aprender no hay edad y siempre estamos a tiempo. En mi caso, cursar una maestría me ayudó a amar el proceso aún más, a amarlo mejor, a amarlo *teórico*. Pero dicen que para amar de verdad uno no debe perderse en el otro, y creo que para traducir de verdad uno no debe perderse en el texto. Quizás sea ese el mayor beneficio que haya obtenido de cursar estudios de posgrado: aprender, reaprender, seguir aprendiendo y querer más. Conseguir despegarme de mi traducción, verla como un todo, ajustarla y actuar sobre ella como un técnico manipula el motor de cierta maquinaria compleja: poder observar esa complejidad en todo su esplendor, como quien espía detrás del telón y ve, por primera vez *verdaderamente* ve, de qué se trataba todo eso de la traducción. ■

CAPACITACIÓN

Toda la información detallada sobre los cursos del CTPCBA se encuentra en el sitio web www.traductores.org.ar, en la sección Capacitación.

Servicio «Capacitación»

Estimado colega:

Recordamos que continúa disponible el servicio «Capacitación», a través del cual le llegarán directamente a su casilla todas las publicaciones sobre los nuevos cursos. Para poder inscribirse, simplemente deberá indicar su dirección de correo electrónico en el casillero disponible, a tal efecto, en nuestra página. Además de estos servicios, recuerde que es muy importante mantener actualizada la dirección de correo electrónico registrada en el Colegio.

Todas las fechas y horarios detallados pueden sufrir modificaciones de último momento; por lo tanto, es recomendable verificarlos en la sección Capacitación de nuestro sitio web.

